

Jorge Núñez

La Estructuración Oligárquica

El siglo XIX fue para nuestros nacientes países el de la oscuridad y el despotismo.

Nacidos con la Independencia a una realidad que prometía ser liberal, se hallaron bien pronto sometidos a la égida de fuerzas dominantes que buscaban todo lo contrario.

La oligarquía criolla, descendiente de los conquistadores y heredera del capital encomendero, usufructúa el triunfo de la furia popular y escamotea el poder a la burguesía de los puertos, contrapartidaria local de la banca prestamista inglesa.

La encomienda cambia de etiqueta y, bajo la sombra de la república, mantiene incólume su infame negocio; los indios siguen siendo en la zona andina la riqueza fundamental; su fuerza de trabajo sigue roturando la tierra y financiando el ocio del gamonalismo en sus cómodos reductos capitalinos o europeos. Y cuando no la tierra, la mita y el obraje seguirán siendo las ocupaciones esclavas o serviles del pueblo indio. Algunas tribus o comunidades indígenas se librarán del sometimiento oligárquico -con su secuela de desculturización y degeneración étnica- mediante el trabajo artesanal, pero serán apenas una minoría.

Los marqueses y condes de la Colonia, los fieles vasallos de Fernando VII que rechazaron airados al imperialismo napoleónico (a través de sus Juntas Soberanas de apenas una década antes), se harán cargo de la situación republicana y serán los que sientan las reglas del juego político y social para las largas décadas posteriores.

La burguesía emancipadora, inicialmente sugestionada por las ideas liberales del imperia-

lismo europeo, se verá impotente para democratizar la vida y la economía del país, debido a su falta de cohesión social y a su parasitario origen contrabandista; retrocederá ante el ataque vigoroso del gamonalismo terrateniente y se aliará a este en una suerte de pacto social: los "generales de la Independencia" se unirán en matrimonio a las hijas de los terratenientes y resurgirá un vigorizado gamonalismo, más poderoso que antes. Es el caso de Sucre, futuro diputado de la oligarquía ecuatoriana al "Congreso Admirable"; de Flores, futuro Presidente gamonalista del Ecuador; de Barriga, futuro heredero universal de Sucre y jefe del "Ejército Convencional", en el reajuste oligárquico de Miñarica.

Pero no todos fueron "liberales de la Independencia"; hubo caudillos emancipadores salidos de la más rancia clase aristocrática: los mismos Bolívar y Sucre provenían de las empingorotadas familias mantuanas de Venezuela, Agustín Gamarra, aristócrata peruano que tomó luego por asalto la Presidencia del Perú, "representaba la voluntad caudillesca y un indudable rezago realista"; Luis José de Orbegoso, general peruano de Ayacucho y futuro presidente norperuano, era "hombre de sólida fortuna, de viejo apellido, y representante de la aristocracia rural norteña del País". Y para completar el cuadro, Pío Tristán, Ex-Virrey ascendido a presidente sudperuano, y tantos otros señoritos que no se mancharon las manos en los trajes de la guerra pero supieron atrapar el Poder cada vez que les fue posible: el pelucón chileno Diego Portales, el peruano Manuel Ignacio de Vivanco (el "presidente bonito"), etc. y etc.

Con unos y otros, la oligarquía gobernó a

su antojo y mantuvo casi intocado el señorío feudal venido de la Colonia.

¿Qué sucedía, entanto, con las masas populares?

Como dijéramos antes, buena parte de éstas fue reclutada para la guerra de emancipación en base a promesas de libertad personal, liberación de tributos y reparto de la tierra. Recordamos que, en 1816, el general Pettión -Presidente de Haití, segunda nación independiente de América y primera república negra del mundo- entregó a Bolívar una inmensa cantidad de armas y equipos capturados por la Revolución Haitiana al ejército expedicionario de Napoleón Bonaparte, poniendo como único precio de los mismos la dictación por Bolívar de un decreto de manumisión de los esclavos del territorio que se emancipare. Mencionemos, así mismo, que cuando Bolívar fue a los llanos de Venezuela -luego de la muerte de Boves- con ánimo de incorporar a los llaneros (la mayoría negros cimarrones) a la lucha emancipadora, consiguió el apoyo de éstos previa promesa de "repartir las tierras de los realistas" a los campesinos sublevados.

¿Cuál fue el alcance de estos ofrecimientos?

Simplemente se trató de conseguir el indispensable apoyo popular para la guerra, y, si algún afán reformador hubo en un primer momento, éste desapareció después al influjo de la conservatización emancipadora y la consolidación oligárquica. No de otro modo se explica la creciente desconfianza popular, que ya al momento de las celebraciones del triunfo de Pichincha se hizo patente en las voces

del pueblo de Quito:

"Ultimo día del despotismo
y primero de lo mismo....."

Esta desconfianza se convirtió bien pronto en resistencia e insurgencia popular contra los nuevos poderes establecidos. (50)

Libertadas Venezuela y la Nueva Granada, muchos soldados procedentes de esas regiones fueron licenciados; eran campesinos que al volver al terruño se hallaban desadaptados y no lo lograban adecuarse nuevamente al medio. Arrancados violentamente de sus hogares o enganchados con promesas demagógicas, se hallaban de pronto situados otra vez bajo el odiado poder terrateniente. Si agregamos a esto el trauma sico-social que significaba para aquellos licenciados dejar la dura -pero un tanto democrática- vida militar y renunciar al régimen de "bienes comunes" de que gozaron mientras duró la guerra (animales, cosechas, vivienda, etc., de la zona de campaña eran utilizados liberalmente por los soldados), nos explicaremos por qué la belicosidad popular insurgió en muchas regiones emancipadas contra los antiguos amos y nuevos caudillos.

En Venezuela, los llaneros del Apure, esos valientes que tantas veces decidieron las batallas, se dedicaron al abigeato y de nada o poco valieron la represión oficial y la habilidosa política con que Páez los remitía a luchar y morir, en el aun no emancipado Perú.

(50) En algunas zonas como Pasto y los llanos, la resistencia militante a la emancipación oligárquica se manifestó desde el comienzo de la guerra.

Fue tal la gravedad del asunto que las autoridades temieron el estallido de una guerra de clases y, aun más, racial. Nada extraño fue esto en un país en que las clases dominantes han sido generalmente de raza blanca y el pueblo es indio, mulato o mestizo.

He aquí algunos testimonios sobre el asunto:

"... En el cantón Guadualito, provincia de Barinas, se descubrió una conspiración de desalmados que pretendían apoderarse de esta villa, de Capara y San Antonio, para hacer una guerra de castas. Felizmente fueron cogidos y enviados a Caracas para que se les castigara. A pesar de esto, en la ciudad de Pedraza se dejaron ver de nuevo algunas partidas.... que eran de aquella misma facción....." (51)

"De menos gravedad, pero más difícil de extinguir, era la guerra de partidas (guerrillas N. del A.) que hacía al Gobierno... Cisneros, ese hombre infatigable y astuto, a quien ni entonces ni en algunos años después se pudo destruir ni someter del todo. (Sus hombres) esparcían el terror y espanto, hasta en las puertas mismas de Caracas..." (52)

"En las provincias de Guayana y Barcelona hubo también malvados que... pretendieron trastornar el orden público... Pensaban de-

(51) Ver José Manuel Restrepo, HISTORIA DE LA REVOLUCION DE COLOMBIA, Ed. Bedout, Medellín, 1969, Tomo V, pág. 156.

(52) Idem. pág. 157.

gollar a las autoridades y hacer la guerra a muerte a los blancos. Tan diabólico plan fue oportunamente descubierto y sus autores ejecutados en la plaza de Angostura. La facción de Barcelona apoderóse del pueblo de San Francisco, donde asesinó a cinco blancos... Fue destruida la facción y muertos en el campo sus principales autores, que eran indios y negros". (53)

"Los habitantes de Margarita, que tan heroicamente se habían comportado en la guerra de independencia, mancharon en este año las brillantes páginas de su historia... Fue el motivo una orden que dio el general Bermúdez de que se presentaran en Cumaná varios oficiales y que se le remitieran cien reclutas que debían incorporarse a un batallón que se formaba en aquella ciudad para seguir al Perú... Se vieron grupos de gente armada (que) por la fuerza pusieron en libertad a los reclutas, diciendo que ningún margariteño saldría de la isla ni del seno de sus familias. Más de seiscientos hombres armados se llegaron a reunir para sostener su rebelión". (54)

"A la madrugada del 9 de Diciembre, una pandilla de más de doscientos negros esclavos... armados todos de machetes, atacaron el cuartel de Petare, con el ánimo de apoderarse de las armas y pertrechos que allí existían. Su grito era: VIVA EL REY Y MUERAN LOS BLANCOS". (55)

(53) Idem pág. 157

(54) Idem pág. 158

(55) Idem pág. 160

Por lo que vemos, el pueblo, la gran comparsa de la "independencia", seguía en la miseria opresiva de siempre. Los señores feudales eran los mismos de antes, la brutal sujeción al concertaje agrario continuaba campante, el obraje seguía sujetando con cepos los tobillos de los tejedores y el artesanado proveía al ejército de materiales que no se pagaban nunca. Nada había cambiado en sentido positivo para los peones y la valerosa chusma urbana -héroe de tantos interesados alzamientos de la Colonia-. Al contrario, eran víctimas de un nuevo y feroz despotismo: el despotismo militar. (56)

Si antes, la guerra exigió de ellos amplia contribución, entreforzada y voluntaria, a pretexto del futuro reparto de la tierra y su participación en la vida política de los nuevos Estados, ahora las fuerzas militares, consagradas con la autoridad republicana y la objetivación independentista, sometían a las gentes del pueblo a tremendas exacciones económicas y a reclutamientos forzosos indiscriminados, en una especie de saqueo oficial de gentes y recursos.

Mientras los genios de la guerra y las hijas de la oligarquía hacían el amor en los pesados lechos coloniales, el pueblo engendrador de los héroes anónimos, veía esfumarse sus propias ilusiones y la ajena promesa de justicia. De ahí que muchas veces se alzase en armas contra la opresiva protección de los "libertadores" y hasta proclamase a voz en cuello el retorno al paternalismo monárquico. (57)

(56) Ver Cevallos, Pedro Fermín. Historia del Ecuador. Tomo III, pág. 22.

(57) Idem, pág. 23.

Es que para los hombres y los pueblos ningún sistema es bueno o malo en abstracto; es necesario su justa correspondencia con la realidad como demostración de sus bondades. Y el nuevo despotismo republicano no se compadecía de las elevadas teorías de su origen, que aun se proclamaban para consumo externo.

Esos nuevos sublevados eran hombres del pueblo que habían luchado denodadamente por una simple y precisa libertad; hambreados, casi siempre sin paga y con la doliente preocupación de sus familias abandonadas, pelearon en llanuras malsanas o en la frialdad de los Andes por la tierra que se les prometiera; sin embargo, cuando la miseria y la frustración los empujaron luego al hurto famélico, o a la resistencia contra sus explotadores, la respuesta oficial se concretó en la más brutal represión. Horca y cuchillo fueron la paga de sus servicios a la república. *

Ahí se inician muchas de las frustraciones del presente. Esas masas burladas serán la turba fanática que galope detrás de cada caudillo demagógico en los siguientes actos de nuestra comedia republicana. A veces, más consciente del pasado y del futuro, el pueblo levantará en alto la proclama insurgente y peleará bravamente su derecho a la tierra y a la libertad. En esa lucha sin banderas mostrarán los guerrilleros "CHIHUAHUAS" la fiera indomable del pueblo que pelea por lo suyo, y liderados por Crispín Cerezo -Sandino de aquel tiempo- no podrán ser vencidos por los vete-

*.- Fue el caso de los batallones "Vargas" (1831) y "Flores" (1832).

ranos de Pichincha ni por las fuerzas imperiales norteamericanos, sino por los años, las privaciones y la selva.

LA BURGUESIA CRIOLLA

La burguesía criolla fue el otro gran derrotado de la inicial y posterior república. Y con ella el liberalismo y sus afanes de llegar a una revolución democrática-burguesa.

Esa burguesía derrotada tiene nombres y apellidos propios: Es Bernardo de Monteagudo, liberal y amigo del pueblo que, cuando Ministro de San Martín en el Perú, sufrió los embates de la oligarquía peruana -que lo derrocó-, y cuando refugiado en la misma ciudad, huyendo de la oligarquía rioplatense, fue asesinado alevosamente. O José de La Mar, el más importante general ecuatoriano de la emancipación, cuñado de Rocafuerte, jefe de la revolución guayaquileña contra la dictadura de Bolívar, derrotado por la oligarquía grancolombiana y peruana, sucesivamente y, muerto en afanes revolucionarios en Centro América.

Sin embargo, en no todos los países tiene esta oposición burgués-terrateniente iguales características, sino que difiere de acuerdo a las circunstancias específicas de cada región. En el Ecuador actual, por sus características geográficas muy especiales -que dividen el país en dos zonas fundamentales: la costa y la sierra- la constitución social y el desarrollo económico fueron diferentes en cada región, ubicando casi geográficamente a la burguesía exportadora y a la oligarquía terrateniente en pugna.

En tanto la oligarquía terrateniente ma-

nufacturera detentaba el poder económico y social en el territorio del callejón interandino, la burguesía mercantil había surgido en Guayaquil y algunos pequeños puertos de la costa del Pacífico, al influjo del comercio internacional, lícito o ilícito. A través de la vida colonial, ambas clases habían complementado hábilmente sus intereses, no dando lugar, por tanto, a la aparición de disputas por el poder económico; pero producida la fractura política colonial, cada clase salió a luchar por sus particulares intereses. En ese sentido, el fidelismo colonial fue manifestación política exclusiva de los aristócratas y comerciantes serraníos, sin que se haya manifestado en ningún momento el apoyo de la burguesía mercantil de la costa a tal movimiento. Posteriormente, durante la guerra emancipadora, será en cambio la burguesía costera la que participa activamente, por su necesidad implícita de libre comercio internacional. Es decidir el hecho de que en esta segunda etapa no intervenga la oligarquía terrateniente del interior en apoyo a la guerra que viene de la costa.

Esta contraposición de intereses políticos y sociales determinará que el siglo inicial de vida republicana esté caracterizado por el enfrentamiento decidido de ambos grupos de poder. Mencionaremos como hitos de esta lucha:

A.- El alineamiento de la burguesía porteña con San Martín (partido peruanista de Guayaquil) y el partido pro-francés, y de la oligarquía con Bolívar y el movimiento anglófilo. B.- La Batalla de Tarqui, donde, -aparte de circunstancias propias de la conformación nacional-, aparece una manifiesta lucha burgués-terrateniente por el poder político. C.- La "gue-

rra de los chihuahuas", en la que, subsidiariamente de la insurgencia campesina por la tierra y la libertad, la burguesía porteña intenta la toma del poder político en el país. D.- La "revolución marcista", dirigida por el partido burgués contra la alianza emancipadora-terrateniente representada por Juan José Flores. E.- La insurgencia del garcianismo contra los gobiernos burgueses de Urbina y Robles.

Lamentablemente, en esta lucha, la burguesía se reveló extremadamente débil en sus objetivos sociales. Su timidez y autolimitación política le impidieron conseguir el apoyo de amplios sectores populares, por lo que la oligarquía gamonalista logró mantener el fenómeno bajo control. En estas circunstancias, siendo ambas clases incapaces de derrotarse mutuamente y establecer un claro y definitivo dominio, optaron por acordar una tregua política en base a un sistema de poder compartido (cosa que ya habían intentado Flores y Rocafuerte, sin decidido éxito). Esta tregua es, precisamente, el período histórico denominado "progresismo". Será solo al fin de este período cuando la burguesía costanera se sienta con el poder y la decisión suficientes como para intentar una nueva lucha por el poder, en la que logra éxito: la Revolución Liberal de 1895.

LA IGLESIA

Como parte integrante que era del aparato colonial, la iglesia fue hasta la guerra antiespañola una suerte de segundo poder imperial encargado de la administración cultural y eclesiástica, de ahí que, llegado el momento de la lucha, participará corporativamente en

favor de la monarquía y las autoridades coloniales.

Enemigos, por igual, del jacobinismo francés y la masonería liberal británica, la posición oficial de la iglesia Católica americana era considerar la causa emancipadora como sustancialmente herética y encaminada no solo a la emancipación sino a la liquidación del poder eclesiástico.

Durante la Colonia, la Inquisición española ajustició en América herejes e idólatras de toda laya y persiguió con saña "libros de la secta y opiniones de Martín Lutero y sus secuaces... Y Biblias en romance..."; después, en la época anterior a la emancipación, autoridades civiles y religiosas por igual se dedicaron al constructivo oficio de quemar los libros franceses e ingleses que transmitían ideas del liberalismo europeo.

Ya en 1809, cuando la aristocracia terrateniente de América Latina organiza las juntas del fidelismo, la iglesia Católica teme que esta actividad política de los criollos pueda originar una violenta fractura del sistema colonial con una consecuente influencia liberal que perjudicaría los intereses económicos y políticos de la iglesia; por eso, al mismo tiempo que se infiltra en el juntismo para controlarlo desde adentro, reafirma su fidelidad absoluta al rey y a la metrópoli española: En Quito, el Obispo José Cuero y Caicedo se posesionaba de la Vicepresidencia de la Junta Soberana por la tarde, y, esa misma noche, concurría al monasterio del Carmen Nuevo y depositaba en manos de la Priora un documento secreto en que reafirmaba su más absoluta fidelidad al Rey y a la monarquía, a la par que estig-

matizaba a las nuevas autoridades impuestas por el criollismo; habiendo sido invitado para que celebrase al día siguiente un Te Deum en honor de la llamada Junta Soberana, se excusa de celebrarla aduciendo estar con "una fuerte indigestión, con exaltación violenta del flato"...

Durante las posteriores acciones de la guerra emancipadora, la casi totalidad del cuerpo eclesiástico estuvo en íntima colaboración con las autoridades coloniales (58), salvo una reducida minoría, procedente del bajo clero, que participó en la insurgencia o colaboró activamente con ella. Esta última actitud estuvo motivada por la procedencia social del bajo clero -curas pobres, originarios (59) de los estratos étnicos explotados-, que creyó hallar en la guerra antiespañola la reivindicación social y la desaparición de la sociedad aristocrática que los segregaba.

Si agregamos que la Iglesia se sentía gravemente afectada por las expropiaciones de bienes religiosos hechas por los ejércitos emancipadores en el área de campaña, comprendemos mejor la ascendente espiral de violencia que fue tomando cuerpo entre la iglesia y los nuevos poderes republicanos, sobre todo que en el inicio, cuando la burguesía radicalizada de los puertos influyó en el poder político de manera claramente favorable a las ideas

(58) Ver Oswaldo Albornoz Peralta, HISTORIA DE LA ACCION CLERICAL, págs. 79 a 91.

(59) Ver González Suárez, HISTORIA GENERAL, Tomo IX, pág. 115.

políticas y religiosas del nuevo amo imperialista.

Para mediados de 1825, la Santa Alianza consiguió que el Papa expulse al diplomático colombiano acreditado ante el Vaticano, señor Ignacio Tejada, quien tuvo que retirarse a Florencia. Al mismo tiempo, se publicó en la "Gaceta de Madrid" una Encíclica papal condenatoria a la emancipación y en la que se recomendaba a los pueblos de las nuevas repúblicas latinoamericanas obediencia y sumisión a Fernando VII. Estos hechos, hábilmente explotados por los miembros del partido monárquico, produjeron en todos nuestros países una gran conmoción; curas y obispos hubo que desde los púlpitos intentaron inflar estos países con la "guerra santa contra la masonería", entendiéndose por tal orientación la de los nuevos gobiernos anglófilos, que tuvieron que actuar con energía para extinguir estas amenazas al "nuevo orden".

También en los demás países los gobiernos anglófilos combatieron el poder político de la Iglesia. En Argentina el ministro Rivadavia -plutócrata, anglófilo, enemigo de San Martín- abolió en 1821 el cobro del diezmo y el fuero eclesiástico; el gobierno chileno de Freire enfrentaba la resistencia clerical, y en México se desarrollaba una guerra a muerte entre masones yorkinos y escoceses, en la que los primeros representaban el jacobinismo radical y los segundos el conservatismo que el imperio inglés requería para tranquilidad de sus negocios.

Con ánimo de sustituir los antiguos valores culturales y políticos por otros adecuados a la recién reacondicionada colonia, la Re-

pública Boba intentó adoctrinar a sus jóvenes generaciones en el utilitarismo de la nueva metrópoli: Por Decreto Ejecutivo de noviembre 8 de 1825, el gobierno de Colombia dispuso la enseñanza obligatoria de las obras de Jeremías Bentham en los colegios y universidades nacionales. Por esa misma época, Bolívar contrató al profesor inglés José Lancaster para que organizara la educación del país de acuerdo a sus métodos. En fin, el utilitarismo y pragmatismo ingleses reemplazaron a la escolástica, y los cuadernos de escritura inglesa vinieron a hacer insufrible la vida de los escolares latinoamericanos.

EL CAUDILLISMO

Luego de la Emancipación, uno de los tremendos conflictos de América Latina fue la oposición entre las ilusiones y los hechos, entre las teorías y los hombres. Bolívar, el más notorio de los líderes independentistas, vacila, avanza y retrocede sucesivamente, sufre las tentaciones de la ambición monárquica, promueve la formación de una gran nación latinoamericana y luego recomienda la balcanización de la misma. Por fin, intenta alambicar un "despotismo ilustrado" bajo su Constitución Boliviana.

Sucre - entonces Presidente de Bolivia- fue uno de los primeros en manifestarse contra ella. Después lo harían a viva voz, y hasta con armas en la mano, los liberales apasionados, los "extremistas" de la Independencia Colombiana.

Bolívar se halló cogido entre fuegos: Páez y los mantuanos le ofrecían la monarquía, la

oligarquía limeña lo agasajaba a diario, Alvear lo había tentado con la ilusión de una aventura antiportuguesa. Por fin, la desmembración se inicia por los hechos: Venezuela restituye a Páez en el mando que le fuera retirado por el Congreso, y en Guayaquil -la tercer "república" de Olmedo-, la administración pública se vuelve autónoma por acción de los cabildos.

Bolívar, el guerrero que recorrió los Andes, retrocede el momento preciso; quiere calmar a todos, restablecer su autoridad perdida. Mas ya era tarde: sus mismas debilidades han ido conformando una simbiosis de anarquía y despotismo que acaba por ahogarlo. El conservador Bolívar no tiene la fuerza del liberal Bolívar de otro tiempo.

El caudillismo surge como respuesta autóctona, inconsciente, a la imposición forzada de ideas extrañas que caracterizó a la etapa emancipadora. Los libertadores estaban aun vivos cuando los caudillos recortaron en el horizonte sus sinuosas formas: Muchas veces, serán ellos mismos quienes den aliento al avance caudillista, como Bolívar, que desautorizó al Congreso y a la Corte Suprema de Colombia al respaldar y enaltecer al insurrecto general Páez, y señaló el camino de la continuidad a sus herederos políticos. En efecto, reclamó para ellos un lugar preponderante en la vida política de las nuevas repúblicas, de acuerdo a sus ilusorios (y no por ello progresistas) sueños de organización política inspirada en los modelos suizos, británicos y grecoromanos de gobierno. (60)

(60) "Roma y la Gran Bretaña son las naciones que más han sobresalido entre las antiguas

Ya en el Discurso de Angostura (Febrero 15 de 1819), reclamaba para sus compañeros de armas un lugar de excepción en la vida política:

"... Los libertadores de Venezuela son acreedores a ocupar un alto rango en la república que les debe su existencia. Creo que la posteridad verá con sentimiento anonadador los nombres ilustres de sus primeros bienhechores; digo más, es de interés público, es de gratitud de Venezuela, es del honor nacional conservar con gloria, hasta la última posteridad, una raza de hombres virtuosos, prudentes y esforzados que, superando todos los obstáculos, han fundado la república a costa de los más heroicos sacrificios. Y si el pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser libre y no lo será jamás ..."

En su carta al Mariscal Santa Cruz (Octubre 26 de 1829), fechada en Popayán, "aconsejaba a éste, a los Ministros y a sus demás

y modernas; ambas nacieron para mandar y ser libres, pero ambas se constituyeron no con brillantes formas de libertad sino con establecimientos sólidos..." "... El senado hereditario, como parte del pueblo, participa de sus intereses, de sus sentimientos y de su espíritu. Los senadores en Roma y los lores en Londres, han sido las columnas más firmes sobre que se ha fundado el edificio de la libertad política y social" "... El senado defiende los intereses del pueblo como representante de la nobleza de que se compone...". Discurso de Angostura.

amigos, que se colocaran a la cabeza de la oposición y la dirigieran, adoptando en vez de planes americanos, designios pura y exclusivamente peruanos..." (61)

Incapacitada la sociedad para organizarse de acuerdo a moldes extraños, y para conciliar sistemas políticos liberales y realidades coloniales aun, surgen los ejércitos, como poder supremo de las nuevas entidades políticas.

Eran éstas instituciones gestadas por la necesidad concreta de la lucha independentista; no eran formaciones profesionales como una estructura precisa, sino masas de campesinos ilusionados con la obtención de la tierra y la libertad. Por encima de ellos, los jefes: criollos acomodados, educados en las escuelas liberales de Europa; negros, indígenas y mestizos ascendidos en acción de guerra; todos ambiciosos de gloria y poder.

De ahí que, concluidas las luchas independentistas y cuando las oligarquías dieron inicio a su consolidación política, la nueva casta militar ingresó a su círculo por medio del matrimonio y se instauró un remedo de gobierno republicano.

Por otra parte, luego de Junín y Ayacucho, se produjo una desmovilización militar que fue generadora de conflictos sociales. Los campesinos desmovilizados hallaban difícil reintegrarse a la vida civil y, acostumbrados a la liberalidad económica (confiscación, saqueo, etc.) de la guerra, desataron muchas veces su prepotencia sobre la indefensa población civil. Ahí nace la chusma uniformada en cuyos hom-

(61) Restrepo, op. cit., Tomo V, pág. 309.

bros paseará el caudillo su tragicómica figura a lo largo y ancho de nuestras repúblicas.

Pero el caudillismo no fue solamente muestra de prepotencia militar; obedeció a una serie de factores diversos que hicieron imposible la consolidación política del republicanismo burgués trasplantado de Europa. Sus causas profundas estaban en la misma estructura socio-económica: la dominación oligárquica, el retroceso de la incipiente burguesía colonial, la ignorancia de las masas que concurrían al ensayo electoral. (62)

Al fin de cuentas, no fue ensayo de realización liberal sino solo habilidoso escamoteo de la voluntad popular. Los males y perversiones de la Revolución Burguesa de Europa fueron aprovechados desde el comienzo: como en Francia, se dividió a los potenciales electores en hábiles e inhábiles para el ejercicio del sufragio, e, igual que allá la riqueza fue base de la calificación ciudadana. (Primera Constitución Ecuatoriana).

El caudillismo será nefasto para nuestros pueblos. Los antiguos generales de la Independencia

(62) La Colonia se caracterizó por su íntima y general ignorancia: si a las mismas mujeres castellanas se les negaba la enseñanza, para que no se cartearan con sus enamorados, no iba a ser el pueblo -entre mestizo e indio- el depositario de alguna educación política. Y no está por demás recordar que los conquistadores y encomenderos descendían casi todos del furibundo amor de los amantes y tenían entre sus cualidades la más generalizada ignorancia.

dencia saldrán a cobrar en tierra, oro y poder sus antiguos servicios militares. Y no faltará entre ellos uno (Flores) que, al ver impedidos sus designios, promoverá en España la Reconquista de las antiguas colonias.

La burguesía, débil por su propia estructura, se volverá oportunista y conciliadora frente al poder terrateniente. En el Ecuador traicionará una revolución popular incontrolable (la de los Chihuahuas), y su máximo representante, Vicente Rocafuerte, pactará con los terratenientes serraneros una vergonzosa alternabilidad en el gobierno. En otra ocasión, un hijo de la burguesía guayaquileña antaño famoso por su vehemente liberalismo, sumirá al país en el más turbio despotismo clerical. Y acosado por la insurgencia popular, llegará a maquinar el Protectorado francés para su patria.

Las Repúblicas Bobas son el caldo de cultivo de nuestros presentes y ausentes males republicanos.

EL SAQUEO IMPERIALISTA Y LA MENTALIDAD NEOCOLONIAL

Triste historia la de nuestros países; historia de coloniaje perpetuo, la minoría de edad que siempre necesita de tutela. Si la emancipación se planeó en Inglaterra y Francia, y se efectuó con armas, dinero y hasta soldados imperiales, la República se inauguró bajo la sombra de un nuevo amo. Renunciamos a España por incapaz de gobernarnos (mejor dicho, nos "renunciaron") y escogimos emocionados el lamentable papel de vasallos británicos. Y de este modo hubo que adherirse a las ideas y costumbres de la nueva metrópoli. Si antes imi-

tábamos la "gloria inmarcesible" de la nobleza española (cualquier mestizo que se respetaba comenzaba por agregar íes y dés a su apellido autóctono: Francisco Javier Eugenio de Santacruz y Espejo, por ej.), ahora había que ponerse a tono con la elegancia británica, simbolizada por el casimir inglés. Por eso los señoritos de los calientes puertos de América pasan a vestir terno de casimir inglés, con chaleco, y sudan la gota gorda...

En todo caso la adhesión a una nueva moda solo era manifestación externa y pueril de un hecho más profundo: la adquisición de una renovada mentalidad colonial, pronta a la colaboración y al servilismo.

Así transcurren largos años republicanos, agitados continuamente por los ajustes y reajustes de las clases dominantes y la sorda protesta popular. Cuando el pueblo se levanta en armas contra sus opresores, está presto el ejército nacional para aplastarlo. Y si esta guardia privada de la oligarquía es impotente para reprimirlo, las burguesías nacionales no dudan un minuto en recurrir al amo imperialista para que dé aplastando la revuelta (18)

(18) Pese a la traición de Vicente Rocafuerte, los chihuahuas siguen combatiendo en guerrillas contra sus opresores y mantienen el bloqueo del puerto de Guayaquil. Entonces la alianza Flores-Rocafuerte (terratenientes serranos y comerciantes del puerto) clama por la ayuda del imperialismo yanqui y éste envía a su flota del Pacífico Sur para reprimir a los insurgentes, los yanquis llegan al Golfo con tres barcos de guerra, cañonean a la fragata

Durante todos esos años, los capitalistas europeos hacen muy buenos negocios con América Latina.

Grandes flotas mercantes vienen de la metrópoli hacia América Latina: traen casimires, porcelanas, cristalería y mantelería, para satisfacer el lujo aldeano de las burguesías nativas; herramientas para las callosas manos de los peones; cuadernos "de escritura inglesa" para hacer insufrible la vida de los escolares americanos; armas para las guerras civiles e internacionales. Los tejidos ingleses invaden el mercado y hacen quebrar a la otrora floreciente industria textil americana. Los empréstitos ingleses corrompen a los gobiernos y atan la débil economía de nuestros Estados. Estos empréstitos no se firman en Inglaterra, porque la ley inglesa prohíbe cobrar intereses mayores al cinco por ciento; se firman, pues, en Calais o Hamburgo, donde -entre trago y trago de whisky escocés- nuestros corruptos diplomáticos convienen intereses usuarios. Los embajadores y cónsules de Inglaterra firman con nuestros gobiernos Tratados de Amistad, Comercio y Navegación que son perpetuos, que libran de derechos aduaneros a las mercaderías inglesas y que vienen redactados desde Londres, sin que se les pueda cambiar una i.

Los empréstitos y las exportaciones inglesas se complementan: del monto de los primeros no llega a nuestros países casi nada, pues maquinaria, técnicos, repuestos y todo lo nece-

"Colombia" y abren el puerto al comercio internacional. Pero la guerrilla chihuahua continuará su lucha durante varios años más.

sario para cumplir el objetivo del préstamo debe ser contratado en el mismo país prestamista. Cada empréstito, desde luego, se garantiza por parte del deudor con los ingresos aduaneros y las rentas fiscales de la nación. Así será como la deuda concebida por la Gran Colombia para financiar los gastos de la emancipación no vea el final de su cancelación sino hacia el año dos mil diez.

Otras veces, los negociadores latinoamericanos se alzaban con la mayor parte del empréstito y agravaban la enajenación de nuestras repúblicas. Fue el caso de Irisarri en el empréstito que contrató para Chile con la "Casa Hullet", o el de Arrublas y Montoya en otro que negociaron con "B.A. Goldschmidt y Cía" para Colombia. Así pues, encima de la imposición oligárquica y las luchas plutocráticas por el Poder, encima de la generalizada opresión a los pueblos, vienen el peculado y la corrupción a reclamar lugar institucional en nuestra historia republicana.

Detrás de todo asoma, sonriente, la faz del nuevo imperio. "Todas estas calamidades deben ser imputadas a las maniobras insidiosas y subterráneas de la Inglaterra", asegurará el diputado brasileño Vasconcellos en su discurso ante el congreso de 1842, refiriéndose al retaceo y general pobreza de la Gran Colombia, Bolivia y Centro América. (19)

Pero esta satisfecha faz de los predadores externos no es sinónimo de benevolencia. Cuan-

(19) Ver Dardo Cúneo, BREVE HISTORIA DE AMÉRICA LATINA, Ed. Siglo XX, Buenos Aires, 1968, pág. 110.

do algún paupérrimo país de nuestra América no paga conforme lo acordado el capital de exportación europeo, vendrán las flotas de guerra imperialistas y nos ajustarán las cuentas a cañonazos (caso de Venezuela) o, simplemente, los ejércitos imperiales ocuparán nuestro territorio para exaccionarnos directamente.

Pero estas dificultades serán, ciertamente, excepcionales. Lo normal será que los negocios extranjeros asciendan progresivamente en nuestros países, al amparo del libre comercio y la democracia representativa. Ese "libre comercio" internacional se constituirá en el símbolo de la nueva hora. Por él, el gobierno británico desbaratará el plan de reconquista española urdido entre la reina María Cristina y un corrompido "general de la Independencia" expulsado del gobierno de su país (Flores). Por él, el oro, la plata, el cobre, el estaño, el guano, el café, el cacao, el algodón, el azúcar, la carne, la sangre y el sudor latinoamericano irán en inacabable flujo a acrecentar la riqueza y poder de los nuevos amos europeos.

Cuando Watt inventó su máquina de vapor, no se imaginó siquiera que ella serviría para formar imperios de dominación mundial. Ni un siglo después de su invención (1760), los barcos y locomotoras de vapor inglesas ya se complementaban para establecer en América Latina un perfecto aparato de saqueo.

Mientras los ferrocarriles recogen los productos del interior y los llevan al puerto, los barcos los acarrearán desde el puerto colonial hacia el metropolitano. De vuelta, los barcos acarrearán hasta nuestras costas los excedentes industriales del mercado metropolitano, y los

ferrocarriles abren para ellos el mercado de las zonas interiores.

Así va deformándose nuestra economía y agravándose la desigualdad social. Porque los ferrocarriles no solo que son útiles para el saqueo económico sino que determinan que unas regiones progresen más que otras, que unas zonas y gentes se dediquen a abastecer al país para permitir que otras produzcan para el mercado exterior.

Dicho de otro modo, el "libre comercio" y los ferrocarriles ingleses -que son la misma vaina- fomentan en nuestros países el regionalismo que envenenará a los pueblos, y nos enseñan a practicar un vergonzoso coloniaje interno. (¿Qué otra cosa que "colonias internas" serán, en el Ecuador, la provincia de Esmeraldas y el Archipiélago de Galápagos, por ejemplo?).

Para entonces, el imperialismo europeo utiliza nuevos métodos de dominación. Ha descubierto que resulta más rentable encargarse sólo de los negocios externos de las colonias, dejando a las burguesías nativas la administración interna de las mismas. Más, a veces, los pueblos se rebelan y atentan contra la seguridad del nuevo sistema, haciendo peligrar los beneficios de todos sus explotadores. Es entonces cuando las oligarquías nativas claman la intervención directa del poder metropolitano para asegurar el orden: La oligarquía venezolana exclama, por boca de Pedro Gual:

"Es un deber que tienen las naciones civilizadas de Europa de tender la vista a estos países e intervenir en ellos de una manera directa, cuya intervención no podrá menos que

producir los mejores resultados.

.. Hay en Venezuela, entre los hombres pensadores, la opinión de que conviene a ésta desprenderse del territorio de La Guayana y negociar con la Gran Bretaña... Esta opinión es mayor cada día, pero la multitud, el populacho y los demagogos se oponen a este tras paso de territorio.

... Este es un deber que tienen que llenar las naciones europeas para con las repúblicas americanas que necesitan su intervención tutelar sin esperar a que directamente se las llame de estas naciones, porque los propietarios y los hombres de inteligencia no tienen libertad para hacerlo y sufren la presión del desenfreno popular..."

Antes, la oligarquía mexicana había manifestado en su periódico "La Sociedad"

"Es necesario una doble posición de nuestra parte: unir la fuerza del gran partido nacional de los conservadores con otra fuerza moral del mismo orden, procedente de Europa. El Partido Conservador debe encargarse de llamar la atención sobre sus destinos de una o dos naciones europeas, suficientemente nobles, fuertes y unidas, para la defensa del gran principio del equilibrio de las naciones sobre todo en relación con la nuestra propia"

Por la misma época, el dictador clerical García Moreno buscará por todos los medios que Francia tome al Ecuador como su Protectorado. En cartas al Embajador Francés, M. Trinité, razonará con una lúcida conciencia de hombre colonial, que, ante la crisis política y social heredada de la difícil gestación republicana, no halla más garantía que la del retorno al sometimiento.

Además, enfrentado a la insurgencia liberalizante de los sectores ligados al comercio internacional y fanáticamente adherido al jesuitismo, buscó sacar al país del área de influencia de Inglaterra (masónica y protestante) y colocarlo en la órbita de la católica Francia.

Bastante tiempo después, adentrado ya el siglo XX, la mentalidad colonial de nuestras burguesías seguirá manifestándose:

"Tenemos que colocarnos en situación de colonia inglesa en materia de carnes. Esto no se puede decir en la Cámara, pero es la verdad. Digamos a Inglaterra: Nosotros los proveemos a Uds. de carnes, pero ustedes serán los únicos que nos proveerán de todo lo que necesitamos" Diputado conservador Matías Sánchez Sorondo, en una Comisión de la Cámara de Diputados de Argentina, en 1924. (20)

En el Ecuador, país agroexportador atado al monocultivo, esa burguesía nativa aliada del imperialismo se perfeccionará como oligarquía terrateniente y perderá su vocación histórica en una suerte de alianza de clases con los atrasados terratenientes serraniegos. La producción nacional florecerá o decaerá conforme los requerimientos del mercado mundial. Las épocas del sombrero de paja, del cacao, del palo de balsa, del café, del banano, se sucederán, pero sin alterar la esencia del sistema de poder ni las anticuadas relaciones sociales.

Por acá, nuestro pueblo seguirá sumido en su opresiva miseria. Pero continuará soñando en la libertad.

(20) Citado por Cúneo. EL DESENCUENTRO ARGENTINO. Ed. Pleamar, Buenos Aires, pág. 25.